

Premiada con Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Milán de 1906

AÑO III

Lima, á 4 de mayo de 1907

BIBLIOTECA CENTRAL
HEMEROTECA
FONDO ANTIGUO

NUM. 37



Lavinia, condesa de Spencer y su hijo Juan Carlos vizconde de Althorp
(Cuadro de J. Reynolds.—Colección del conde Spencer)



Es un estudio interesante y curioso de psicología colectiva, el estudio del Público; de los elementos que lo componen, del grado de su cultura, del valor de sus juicios. Requiere este trabajo profundos conocimientos psicológicos y sociológicos, espíritu finamente observador, estrecho contacto con la masa que lo forma, intenso sentido analítico. Es por eso que estas desordenadas notas sobre tan difícil tema carecen de originalidad; todas las han pensado y muchísimas las podrían escribir; tienen sí la sinceridad de mi personal impresión y se cobijan bajo la modestia del título que las encabeza.

El público, para los escritores es juez inapelable, para él escriben todos hasta aquellos que tienen la *pose* de despreciar sus fallos. Interpretar su pensamiento, adular sus pasiones, dar carácter de ley á sus caprichos; es el secreto de la mayor parte de los literatos que triunfan. Es un juez severo á veces, á veces caprichoso, á veces cruel. Después de haber endiosado á Gabriel D'Annunzio supo tener un supremo desdén para *Piu que l'amore*, última y desgraciada obra del gran artista italiano. En un capricho reaccionario sintió un día el alma romántica y loca de Cirano, y entonces entusiasmado y delirante ungió con el bálsamo de los elegidos á Edmundo Rostand. Cruel é impasible miró arrastrar á *Pauvre Lehan* la agonía de una vida de hospital y de miseria; escuchó sin inmutarse el quejido doloroso de Vigny, el canto atormentado de Baudelaire ese artista leproso, permitió indiferente la compra de «El Angelus» de Millet á vil precio que sólo pudo saciar por un momento el hambre que torturaba al ilustre pintor desgraciado. Este es el gran Público, el público mundial.

— Yo quiero estudiar al nuestro que adora la zarzuela, que tolera á Emilio Thuillier, que desdeña á Clara de la Guardia; que desprecia el drama de José Echegaray, que se aburre con Lope de Vega y bosteza con Calderón; que ovaciona la indecencia de un chiste y alaba á Maeterlink, á Suderman y á Ibsen sin sentirlos ni comprenderlos.

Comenzaré por decir algo de la crítica, pues son los críticos directores y encausadores del movimiento de opinión en la masa; ellos educan ó pervierten sus gustos, ilustran ú oscurecen su criterio, fortalecen ó destruyen su sentido moral. Entre nosotros no hay criterios de actualidad. Sería ridículo darle tal nombre á los *graciosos* insubstanciales que analizan versos disparatados ó párrafos indigestos de escribidores y copleros anónimos; ó que despechados ladran al paso de las figuras de valer que quieren imponerse. Esa no es crítica, es parodia de crítica. Son sus manifestaciones: el bombo inspirado por la amistad, la diatriba impotente ó el odio vergonzoso del *rate*.

No hay crítica; por eso no tenemos público consciente ó lo tenemos ignorante y degenerado. En él podemos distinguir dos clases diferentes: el teatral y el pseudo-literario. El primero desalienta á los autores nacionales, los corrompe, les exige productos ligeros, picantes, no soporta obra seria ni estimula ensayes de mérito; á la fantasía y al lirismo los llama farsas y pide á gritos realidad, entendiendo por ella: carne grosera, lodo social, adulterio ó infamia. Al segundo solo le interesa el periodismo político y la sátira personal. El grupo de lectores que se ocupan de las otras clases de producción se compone: de aficionados que divierten sus ocios, hojeando revistas ilustradas; de literatos convencidos de su omnisciencia que leen y sonríen con sonrisa protectora y compasiva; de compañeros de labor, pronto á disculpar los defectos; y, por último, de los fracasados, esos eternos maledicentes.

Las razones que nos explican la rara mentalidad de nuestro público tienen sus raíces en la herencia, en nuestro temperamento frívolo y burlón y en la falta absoluta de cultura.

El legado ancestral desarrollado en un medio laxante y propicio, pesa sobre nosotros con fuerza de fatalidad. Perezosos, amamos más las fáciles distracciones y los leves pasatiempos, que el esfuerzo que significa toda obra seria. La falta de educación artística y de verdadera cultura, no nos permite apreciar las grandes obras del pensamiento. Y ese inmoderado afán de desprender de toda producción un chiste ó una burla nos hace juzgarlo todo lijera y superficialmente.

Hay también un gran fondo de vanidad en nuestro público, un supersticioso respeto por todo lo extranjero y un manifiesto desprecio por todo lo nacional. Tal es nuestro público. La educación de su criterio será el resultado de la difusión de la cultura. El Libro, el Teatro y la crítica, son los elementos que determinan su enaltecimiento artístico y moral. Corresponde á los escritores llevar á efecto esta labor; despreocupándose de sus juicios y consagrándose á enseñarle y á corregirle. Si el libro ilumina su pensamiento, si el teatro educa su sentir, si el crítico fustiga sus defectos y le muestra el camino verdadero se operará la transformación deseada, necesaria y fatalmente.

El formar un público culto, no es obra vana, no es simplemente crear un grupo, de estética consciente, que aplaude y condena; es algo más, es dignificar á la multitud, dotarla de un claro sentido de las cosas, elevar su nivel intelectual y moral.

RAIMUNDO MORALES DE LA TORRE.





Notas de Artes y Letras

ENTRE los diferentes gremios en que se reparte la actividad de los hombres, los literatos y los poetas forman el gremio más antipática y el que más intensamente se ve influido por las pasioncillas mezquinas. Raros, muy raros son los individuos plumarios que, por sus condiciones de justicia, de moralidad profesional, de respeto á sí mismos y á los demás, de modestia sincera y justipreciación sin rencores ni envidias de los méritos propios y ajenos, merezcan ser tenidos, en el orden literario, como literatos honrados. Ciertamente es que esta inmoralidad y falta de rectitud no es patrimonio sólo de la gente de letras sino que lo es de toda la humanidad; cierto es que las malas pasiones turban el criterio de todos los hombres, cualquiera que sea la forma de actividad á que consagren sus energías. El mayor enemigo de un zapatero es otro zapatero, el más encarnizado detractor de un rentista es otro rentista, y el más apasionado y cruel crítico de un pintor es otro pintor. Pero la enemiga que se tienen constantemente las astillas del mismo palo, por razón de la competencia y por el beneficio que resulta en la lucha por la vida del empequeñecimiento del industrial ó artista congénere, en ningún gremio estalla con más virulencia y lo que es más curioso con menores provechos para el detractor que entre los literatos. El comerciante ó industrial que habla mal del compañero generalmente habla pero no escribe y por consiguiente su acción impía no tiene la universalidad ni la eficacia apetecida; y además su propaganda detractora resulta casi inocente, porque no se la tiene en cuenta, por lo mismo que está inspirada en un fin utilitario. Pero el escritor que desacredita á un compañero generalmente lo hace, como es natural, por el medio propio de su oficio: escribiendo, es decir, poniéndose en comunicación rápida y directa con muchos. Hay un género literario que es pintado para esta fea labor de empequeñecer al prójimo de la cofradía, y que permite, tomando el nombre de los altísimos fueros del Arte, del culto de la Belleza, del respeto á las leyes técnicas y del buen gusto, dar pábulo á las malas pasiones, ejercer venganzas, injuriar solapadamente y ridiculizar á los demás. Este género es la crítica literaria que, fácilmente, cuando no está inspirada en una sincera intención de juzgar una obra ó á un artista, exponiendo con honradez la impresión sentida, se convierte en libelo, como sucede con las críticas de Valbuena. Con la mayor facilidad en espíritus impulsivos, y sometidos á malas pasiones la crítica se convierte en arma de combate, se informa de propósito agresivos y se troca en medio ruin de satisfacer feos apetitos. Y es lo que le sucede al escritor cubano Bobadilla más conocido por su pseudónimo *Fray Candil*. Este señor profesa una gran inquina á cuanto escritor sobresale en América. Todos son grafómanos para él, y en su injusticia agresiva y apasionada gradúa de malos ó de buenos escritores con ese absolutismo de los espíritus estrechos y sometidos á un solo punto de vista. La crítica requiere más amplitud de espíritu; los méritos ó deméritos literarios y artísticos no se pueden apreciar y menos en juicios definitivos cuando estos solo se inspiran en simpatías ó antipatías de escuela, en relaciones personales

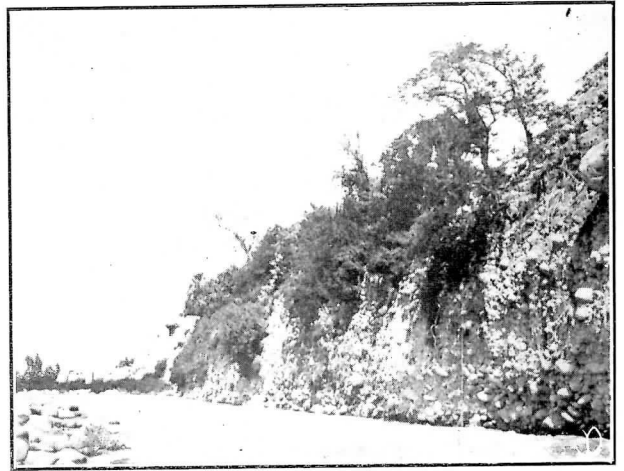
gratas ó ingratas, en comparaciones entre los méritos propios y los ajenos y en dogmatismos científicos que nada tienen que ver con el arte. A *Fray Candil* le ha dado el flaco de ser crítico científico imbuido en las filosofías spencerianas y wundtianas, y corre el peligro de caer en los exclusivismos é inepticias en que cayó Max Nordau al juzgar el arte á través de las teorías fisiológicas y hacen té. La intolerancia de *Fray Candil* tratándose de campaña contra los escritores liliales ó lilas del trasnochado decadentismo; pero no estoy de acuerdo en considerar como imbéciles á todos los escritores y poetas españoles y americanos que tienen ya una reputación consagrada porque algo han innovado, porque algún rumbo han dado á las letras en los últimos lustros, porque de alguna manera se han distinguido.

Raras son las correspondencias ó críticas que envía *Fray Candil* á los diarios y revistas de la América española, en las que no se ocupa de incensarse ó de vituperar á escritores que gozan de igual ó mayor nombradía que él. Con la misma prodigalidad con que se alaba y celebra las deferencias que según dice ha merecido de los grandes escritores franceses y españoles, así como sus éxitos editoriales, menudea los calificativos biliosos é hirientes y los juicios despreciativos para escritores que, como Ruben Darío y Unamuno son dignos de mayores respetos y de mejor aprecio. Y ambos en el concepto americano y español—ya que tratándose de escritores en lengua castellana no se puede decir en el concepto universal—valen infinitamente más que el agresivo crítico cubano. No he de hacer la apología del poeta, ni la del ilustre escritor vasco, pero simplemente bastará para fijar la importancia literaria de ellos, observar la influencia que ejercen en las letras y en el pensamiento español contemporáneo. Un versificador ramplón y abominable poeta, como juzga *Fray Candil* á Darío, y un grafómano chiflado, como considera al Rector de la Universidad de Salamanca, no se imponen ni pesan en el movimiento intelectual con la energía con que influyen Unamuno y Darío. Si los juicios atrabiliarios de *Fray Candil* no están pues inspirados en un sentimiento de justicia, ni son lo resultante de un criterio sereno y claro, sino que son la obra de la malevolencia y la pasión ¿que importancia pueden tener ni que fé han de merecer en España y en América? Así como los matones y los espadachines no son los tipos de valor y caballerosidad, así en el arte no son los libelistas y los detractores de mala fé los que constituyen el ideal del crítico. Es lástima que una irritabilidad de dispéptico á quien han intoxicado lecturas científicas pesadas, y la monomanía ególatra hayan malogrado el sentido moral y el sentido estético en un escritor que, como *Fray Candil*, tiene condiciones muy apreciables de literato:—vigor de estilo, ilustración, forma sugestiva y calor de imágenes—Digo de literato y no de poeta, porque hay que convenir en que *Fray Candil*, como poeta, es digno de la más sincera y bochornosa condolencia de sus contemporáneos.

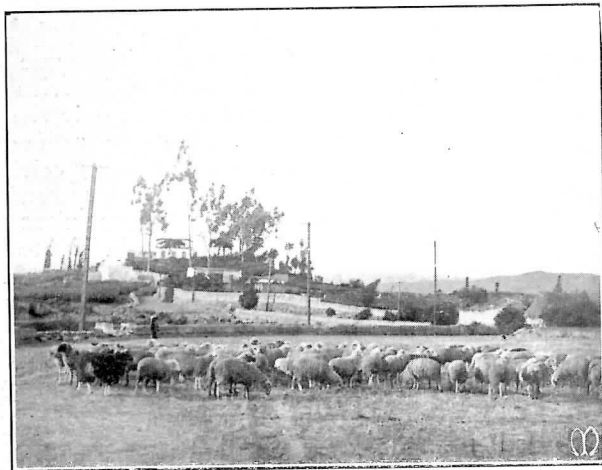
DE PROVINCIAS



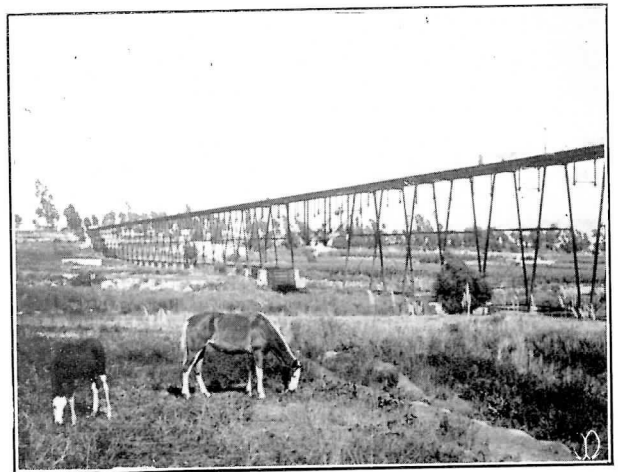
Vista general de Arequipa y del Misti



Arequipa—Río Chili



Arequipa—Carmen Alto



Puente de fierro del ferrocarril entre Arequipa y Puno



Bañantes de Mollendo

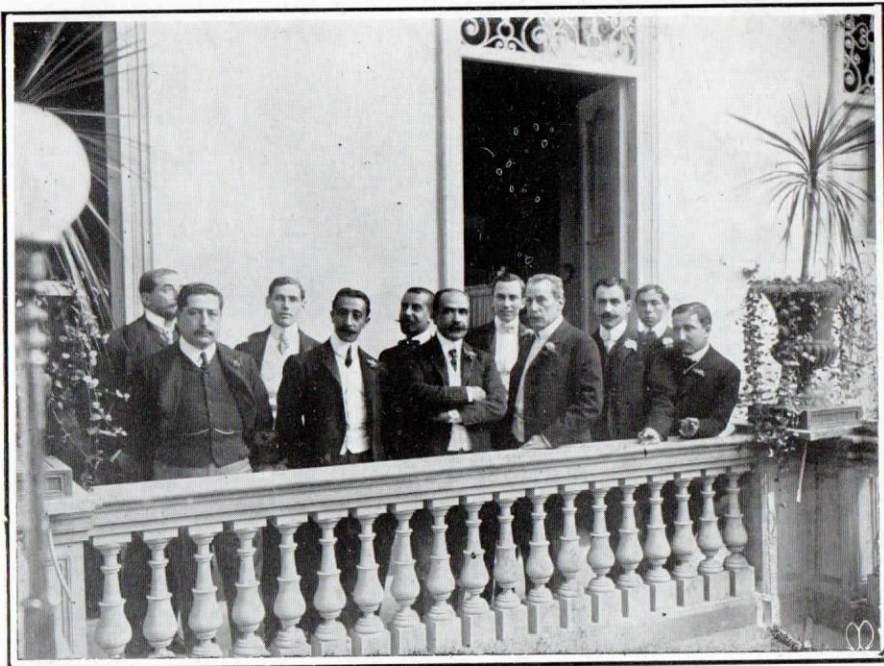


Arequipa—Costumbres de la sierra



Notables ruinas en Chanchán

Fot. Lasarte



Banquete al señor Matias León



Banquete del General Muñiz

Fotos. Lund



Esposos Leguía-Salcedo en sus bodas de oro

Foto Moral



Baile en el Club Inglés

Fotos. Lund

CUENTO DEL DIA

LO IRREPARABLE

En aquel día, que era el día de su santo, la señora María de los Angeles se sintió acometida por una de esas intensas melancolías de los sesenta años.

Estaba sólo, sentada en un sillón; el periódico que leía se le había deslizado de las manos hasta el suelo, y con la encanecida cabeza inclinada sobre el pecho y los anteojos en la punta de la nariz pensó con amargura en la fugaz felicidad de su lejana juventud, tan lejana que se le antojaba un sueño vago, como una visión entrevista al través de una niebla gris.

Se veía á los veinte años lozana como una fruta en sazón, irreflexible y alegre, sin otro culto que el de su propia belleza.

Había sido cortejado, y de entre sus enamorados ella recordaba con más intensidad al periodista Baret, un mozo pálido, de tipo nervioso, bigotillo ensortijado y ojos claros.

Este le había amado sin duda. Eso se lo decía el corazón á veces. Aún se recordaba de una tarde en que él se ofreció á acompañarla al baño. Salieron del brazo. Detrás iban su mamá y una prima.

María de los Angeles pensó en la declaración amorosa que Baret le iba á hacer. Este la envolvía en una mirada tiernísima y de rato en rato le aprisionaba discretamente el brazo. Llegaron á la playa. Era una tarde caliginosa. El sol, como una brasa, parecía incendiar la cresta de las olas.

Allí, entre la turbamulta de bañistas estaba otro de sus enamorados. ¿Cómo se llamaba?

La señora María de los Angeles alzó la cabeza y se quedó mirando el techo, hurgando sus recuerdos. ¿Cómo se llamaba? El tiempo había borrado para siempre ese nombre, como otros tantos, de su memoria. Se acordaba sí, de que era muy elegante, tocaba piano y se perfumaba.

El joven se le acercó cumplidamente y empezó á cortejarla, y como á ella le gustaban estas ofrendas de galantería á su belleza, tuvo sonrisas encantadoras, miradas expresivas, y cuando echó de menos á Baret, le vió de lejos aparentando indiferencia, pero segura de que sufría intensamente.

Como joven cortejada y voluptuosa experimentó un goce felino de que alguien sufriese por ella.

Después esperó la declaración, que no vino jamás.

Baret se casó más tarde; ella permaneció soltera, y vivió cada uno por su lado.

Sin embargo, siempre había pensado con curiosidad en esa escena del baño, y ahora, después de cuarenta años, le acometió un incontenible deseo de saber qué sintió Baret y por qué no se le declaró jamás.

Se levantó trabajosamente y se aproximó á una ventana que caía á un jardín.

—¡Juana, Juana! llamó con su voz cascada de sesentona.

Poco después entró una criada y la señora María de los Angeles se sentó á una mesita, dispuso una tarjeta y afirmando los anteojos sobre su nariz, escribió:

«Mi recordado amigo:

Necesito tener una conferencia con usted. Espero que no se haga usted desear.

Su vieja amiga,

María de los Angeles.»

Leyó la tarjeta, la releó y secó la tinta soplando. Después la puso dentro de un sobre, escribió la dirección y volviéndose á la muchacha se la dió.

—Vas á casa del señor Baret, le das esta tarjeta y además le dices que estoy esperándole.

Cuando salió la muchacha, volvió á sentarse en su cómodo sillón, sumiéndose otra vez en la voluptuosidad de sus recuerdos.

A los veintidós años estuvo á punto de casarse con un comandante. Pero sentía oculta aversión por los militares y además tenía la esperanza de hacer un matrimonio mejor.

Pasaron los años. Continuó el desfile de enamorados; pero un día notó con sorpresa que tenía arrugas en la cara y algunas canas en el cabello. ¡Qué desolación, Dios mío!

Se quedó sola. Su atención estuvo ocupada en un pleito para defender su patrimonio. Y entre abogados y curas entró á los cincuenta años, con el corazón marchito como una flor nacida bajo la sombra de un alto muro que jamás ha recibido un beso amoroso del sol.

Baret vivía en una casa vecina. Eran buenos amigos. Jamás hicieron la más ligera alusión al pasado. Estaba reumático y padecía de asma. Era viudo, con dos hijos, un hombre y una mujer. Pero vivía sólo porque estos habían formado hogar aparte, cada uno por su lado. Como tenía setenta años madrugaba y los primeros rayos del sol le sorprendían en la puerta de la iglesia, apoyado en su bastón nudoso, tosiendo de rato en rato, en espera de la misa que oía todas las mañanas.

Qué diferencia del otro Baret, del Baret de veinticinco años, que hablaba calurosamente de la vida y de sus triunfos como de cosas hechas para rendirse á la juventud y á la energía.

☆

Una tos persistente anunció la llegada de Baret, que entró en el salón limpiándose los labios con su pañuelo de yerbas, á pasos lentos y apuntalando la gran vieja armazón de su cuerpo en el puño de cuerno de su palo.

—Señora María de los Angeles, buencs días. Esta tos.....

Y sentándose con lamentable lentitud, echó un párrafo sobre las dolencias del pecho y los frios del invierno. Después habló de su reumatismo; ponderó una yerba medicinal para frotarse con ellas las partes doloridas.

La señora María de los Angeles esperaba ansiosa una pausa para interrogar á Baret.

De repente le abordó.

—Mi querido amigo: ¿se acuerda usted de un día que me acompañó al baño? Ibamos de brazo y en la playa había mucha gente.

Baret se quedó mirandola al través de sus gafas oscuras, con verdadera estupefacción.

La señora quiso ayudarle á reconstruir el pasado.

—Hace mucho tiempo... treinta, cuarenta ó más años, ¡qué se yo! Usted me miraba de cierto modo; y estoy segura de que me iba usted á decir algo, pero luego.....

Baret la interrumpió:

—Estoy absorto. No entiendo una sola palabra.

La señora excitada por sus recuerdos se había puesto de pié y accionaba vivamente.

—¿Pero es posible, Baret, que no se acuerde usted? Llegamos de brazo á la playa.... Allí había un joven que me empezó á galantear.... Usted se hacía el distraído, pero habría jurado que estaba usted sufriendo horriblemente.... Haga usted memoria, Baret, ¡acuérdese!

El viejo á quien le acometía nuevamente la tos gesticuló alzando una mano pecosa como la piel de un batracio.

Y cuando cesó la tos y hubo pasado el gran pañuelo por debajo de su bigote manchado de nicotina, exclamó con entonación de hombre á quien se le fastidia:

—Señora, yo no me acuerdo de nada de lo que usted me dice. Es posible!... ¡Vaya usted á estar recordando simplezas!...

Se levantó, y después de despedirse se dirigió á la puerta; pero la señora María de los Angeles se le interpuso rogándole.

—Se lo suplico: un esfuerzo de imaginación y me libra usted de una horrible incertidumbre. El joven aquel era moreno y trascendía á agua de Lavanda.

Baret la apartó suavemente de su camino, gruñendo como viejo achacoso á quien le cargan cuestiones de amor.

—No es usted razonable, señora. ¡No sé nada!.. ¡Usted cree que á los setenta años he de estar rumiando tonterías!

Y salió encorvado bajo la amenaza de un nuevo acceso de tos, golpeando con fuerza sobre el mármol del pasillo con la contera de su bastón.

La señora María de los Angeles sintió como nunca el peso de su vejez. Con la cabeza inclinada al pecho, con los anteojos en la punta de la nariz y los brazos caídos á lo largo del cuerpo, avanzó lentamente hacia la ventana y se quedó ahí, de pié, inmóvil, contemplando las flores rojas del jardín que se abrían á luz del sol como bocas de mujeres enamoradas, y á las aves que pidiendo se perseguían entre los setos.

OSCAR MIRO.

POR LOS CAMPOS

Que tu boca en flor alegre se ría,
tus indagaciones deja para luego,
que á tu edad conviene, pobrecita mía,
la risa y el juego.

Sé de donde nace tu melancolía:
¡piensas tantas cosas á tus cinco años!
¡Sueña tantas cosas, pobrecita mía,
esa cabecita de bucles castaños!

Ríe, que tu risa es la luz del día;
tu sonrisa triste es claror nocturno....
no te me parezcas, pobrecita mía,
en lo pensativo y en lo taciturno.

No quiero llamarte pobrecita mía.
¿No estás buena? Ríe; ¿no estás fuerte?, salta:
Vamos por los campos.... ¡Viva la alegría!
—La tuya compense la que á mí me falta.

LA CANCIÓN DEL CAMINO

Aunque voy por tierra extraña
solitario y peregrino,
no voy solo, me acompaña
mi canción en el camino.

Y si la noche está negra,
sus negruras ilumino:
canto, y mi canción alegre
la oscuridad del camino.

La fatiga no me importa,
porque el báculo divino
de la canción, hace corta
la distancia del camino.

Ay triste y desventurado
quien va solo y peregrino,
y no marcha acompañado
por la canción del camino!

FRANCISCO DE ICAZA.



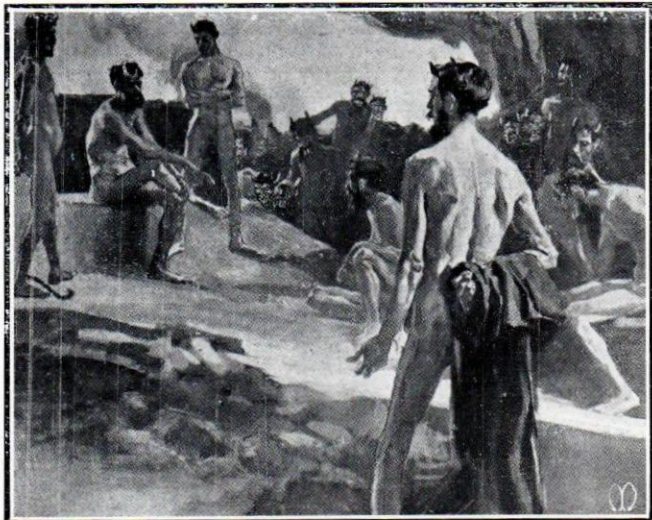
El mal bienhechor

LUZBEL congregó á sus hijos, los demonios del mal, engendrados en sus lascivias tenebrosas con la gran serpiente del Paraíso. Eran muchos hermanos, tantos como son los males que afligen al hombre y le desesperan y le extravían del camino del bien hasta hacerle caer en las simas siempre abiertas del infierno.

—Sé, malos hijos míos,—empezó á decirles. Y el mayor de ellos le atajó la palabra preguntándole:

—¡Malos! ¿Por qué?

—Porque lo sois y debéis serlo. Por ser malos os llamo hijos míos; que si fuérais buenos, creería en la infidelidad de vuestra madre. Sé—continuó—que alguno de vosotros estáis descontentos de la obra que os he encomendado en el mundo. No me apesadumbra vuestro descontento; al contrario, me alegra, porque no sería yo quien soy si no me alegraran las tristezas, aún siendo las



de mis hijos. Pero necesito saber la causa para que, puesto el remedio, trabajéis con la fé que infunde la eficacia de lo que hacemos.

—Sentimos, en verdad, desmayos viendo que el arma de mortificación que nos diste no es tan dura ni alcanza tanto como imaginamos. Somos herederos de tu orgullo, y nos humilla ver que el hombre, á veces, se ríe y se burla de nosotros.

¿Cómo el hombre de carne blanda y de alma irresoluta ha de ser fuerte para burlarse de los males físicos y espirituales? ¿Cómo ha de reírse de ti, enfermedad que le atormentas; de ti, obscuridad que le entristeces; de ti, deshonestidad que le deshonoras; de ti, fealdad que le ridiculizas; de ti, fuego que le abrasas; de ti, frío que le entumeces; de ti, ambición que le desasosiega; de ti, envidia que le consumes; de ti, hambre que le desesperas, y, en suma, de todas las malicias, asechanzas y mortificaciones que Dios dejó en mis manos para tentar la paciencia, herir el cuerpo y conturbar el espíritu y promover la perdición del hombre?

—Pues muchos—replicó el primogénito de Luzbel—van pensando que esas amarguras y dolores no son ma-

les verdaderos, sino previsiones de una alta sabiduría y contrastes del arte supremo de un sabio artista, la Naturaleza, que así combina y entremezcla para el efecto teatral las situaciones agrias con las plácidas, y que nosotros, los males, somos solamente unos pobres diablos, monigotes inocentes que servimos á Dios para el juego de la vida.

—Yo—dijo la deshonestidad—sirvo para acrecentar el precio de la virtud y hacerla más meritoria en el mundo.

—Pues recógete un poco, para que se aburra la humanidad á pura virtud.

—Yo—dijo la enfermedad—hago estimar los beneficios de la salud, y los hombres se cuidan más cuando sienten cercanas las legiones de mis diablillos infecciosos.

—Yo—dijo la ambición—estoy matando el pecado de la pereza, hago trabajar al pobre; hasta estoy propagando la virtud de la modestia; porque donde todos quieren ser mucho sin merecerlo, hay ambiciosos de no ser nada, por distinguirse. Es la vanidad de la modestia.

—Nosotros—dijeron á una voz el frío y el calor—tenemos celos mutuos y nos llevamos mal en la tierra.

—Porque cuando en los días estivales—continuó el calor—abrumo con mi peso al jornalero que cava el terruño al sol, ó funde el metal en el horno, éste, mi mal hermano el frío, se introduce en la memoria del abrasado jornalero, recordándole que él llegará después para consolarle de mis ardores, y el hombre le llama y lo desea.

—De lo mismo me quejo yo—siguió el frío,—porque en las noches invernales, cuando me acuesto, hecho escarcha y nieve, en el regazo de la tierra, el hombre se consuela de mis heladas, esperando la venida de este mi enemigo destructor de mis obras.

—¿Y por qué no acometéis á la par al hombre para destruirlo?

—Porque huimos el uno del otro. Y si á veces nos confundimos y nos abrazamos en el Otoño y la Primavera



ra, el hombre nos bendice y ama la vida en la placidez que llevamos á su cuerpo. Nuestro abrazo es un bien, en lugar de ser dos males juntos.

—Yo—murmuró la envidia—hago en el hombre el mismo oficio que la ambición. Soy un estimulante amargo, sí, pero activo. Soy como la ahijada para los bueyes; les duele, más les hace andar. He visto envidiosos tan desatentados, que se han hecho buenos por envidia á los santos.

—Y yo—dijo el hambre—tengo papel parecido al de la envidia y la ambición, aunque éstas actúan sobre el espíritu y yo sobre la carne. Produzco, sin querer, la virtud del trabajo en los pobres. Los ricos se enojan cuando no me tienen en sus estómagos inapetentes, y hasta me buscan con artificios de la química para darse luego el placer de matarme en la mesa. Los médicos se valen de mí para curar las dolencias corporales. Soy un mal útil al progreso social; los hambrientos se apiñan y se educan por defenderse de mí.

—Yo—dijo la obscuridad—no parezco hija derivada de estas tinieblas infernales. En cuanto llego al mundo, el hombre se duerme, y mientras se duerme no peca. Soy

nna negra servidora de la luz: el marco, el reverbero para que ella luzca más. Cuando los ojos humanos salen de mí y entran á bañarse en las ondas luminosas, las bocas cantan «¡bendita sea la luz! ¡qué hermosa es la luz!» en alabanza de mi enemiga. Estoy acreditándola. Hasta el arte me hace asunto de la belleza inventando el claro-obscuro. Sin mí, la luz sería una ofensa constante de la reina.

—Yo tengo iguales quejas—dijo la fealdad.—Soy la desesperada colaboradora de la hermosura. Si todos los seres fueran hermosos, no habría hermosura.

Luzbel quedó pensativo, perplejo, anonadado, y luego rugió:

—¿Conque mis hijos predilectos no me sirven para nada ni traen á mi caverna el fruto que yo esperaba de ellos? ¿Conque el mal puede ser un bien, no ya útil, sino necesario en la vida humana? ¡Quizá yo mismo, el mal en persona, no soy más que un cándido auxiliar de Dios! ¡Quizá, sin mí, la humanidad le tendría menos respeto! ¡Quizá hago más justos con mi infierno que El con su cielo! ¡Quizá me tiene aquí para que me teman los que no le aman!

EUGENIO SELLES.

A la memoria

DE MI MAESTRO Y AMIGO EL GRAN POETA NUMA P. LLONA

Del turbio Guayas en la ardiente zona,
se ha hundido un astro de esplendor fecundo:
el divino cantor del Nuevo Mundo,
el majestuoso, el inspirado Llona.

Marchita de sus lauros la corona,
yace en letargo lóbrego y profundo;
enmudeció su acento en un segundo,
y, ya la Fama, su ascensión pregona.

Su ascensión, á otro mundo sin falsía,
donde en medio de un sueño immaculado
huye la noche,—y es eterno el día.

¡Oh, Numa inolvidable! ¡oh, vate amado!
las Musas de la excelsa poesía,
por tu muerte, su Templo han enlutado!...

TEOBALDO ELÍAS CORPANCHO.

Lima, 1907.

Las orquídeas

Anforas de cristal, airosas galas
de enigmáticas formas sorprendentes,
diademas propias de apolíneas frentes
adornos dignos de fastuosas salas.

En los nudos de un tronco hacen esealas,
y ensortijan sus tallos de serpientes,
hasta quedar en la altitud pendientes
á manera de pájaros sin alas.

Tristes como cabezas pensativas,
brotan ellas, sin sorpes ligaduras
de tirana raíz, libres y altivas;

porque también, con lo mezquino en guerra,
quieren vivir, como las almas puras,
sin un solo contacto con la tierra...

JOSÉ SANTOS CHOCANO.



EL "REAL FELIPE"

EL EMPECINADO

I

Un día del mes de diciembre de 1817, las puertas de las casas-matas del Callao se entreabrieron para dar paso á un prisionero más, trasladado de la cárcel de Corte de Lima (1).

Los ardientes rayos de sol, en los desiertos; las brisas de la mar y los helados vientos de las punas habían tostado su rostro.

En sus ojos, negros y grandes, las pupilas, de ordinario serenas, chispeaban á veces: sin duda con el recuerdo de las pasadas luchas, ó con la visión de las futuras lides que habían de conducirlo á realizar el ideal de su alma: la emancipación nacional.

Sol que se hallaba en el cenit de su carrera, era luz y calor, es decir vida; pero vida latente, activa; de batallar sin tregua, de acción sin reposo.

Al mirarle se adinaba en él un carácter, un ser nacido para mandar, refractario á todo dominio, rebelde á toda sujeción; al amante ardoroso de la libertad.

Sin mostrar en el semblante la más ligera sombra de emoción, ese personaje franqueó los umbrales del tenebroso presidio, y dentro de él halló á sus compañeros de infortunio, algunos de ellos viejos conocidos; soldados de la misma idea, sacerdotes del mismo culto.

Creíase entonces que las tinieblas de los calabozos matarían el pensamiento revolucionario.

¡Gran locura!

¡Cómo si la oscuridad pudiera apagar la luz de las conciencias!

¡Cómo si en la noche no fulguraran, más aterradoras, los centelleos de la tempestad!

II

Rodeaba á ese hombre una aureola que en todo corazón despierta el sentimiento de la simpatía: la aureola del infortunio; aureola que no suscita celos, que nadie envidia, á la que solo aspiran las almas nobles, y ésto cuando lleve consigo la palma del martirio ó el galardón de la inmortalidad.

¿Quién era y por qué iba al presidio?

Era él don José Gómez, Teniente coronel de los ejércitos independientes.

Entraba en el presidio porque era reo de un gran delito: del delito de aspirar á la independencia de su patria, ideal ante el que sacrificó su existencia, al que consagró su vida entera.

No he de decirlo yo, sino un documento auténtico lo que fué para la patria naciente don José Gómez y su actuación abnegada en la lucha por la emancipación nacional.

(1) El ingreso y permanencia de don José Gómez en las casas-matas, está comprobado con los siguientes testimonios:

El prisionero don Francisco Araoz: "conoció á Gómez desde el mes de diciembre del año pasado de 1817 en que fué trasladado de la real cárcel de Corte á casas-matas...."

Don José Gómez dice: "No he visto á Carlos Zababuru desde el mes de diciembre del año pasado, de 1817 en que me acompañó cuando pasé á casas-matas...."

Don Tadeo Thellez: "trató á Gómez en casas-matas á motivo de haberlo trasladado á ellas desde la real cárcel...."

Don José Félix Ortiz, prisionero como el anterior: "conoció á Gómez, con motivo de haberlo pasado á casas-matas, á donde se ha mantenido...."

Don José Zaura conoció á Gómez: "por haber estado en casas-matas con el deponente, al que dejó en ellas cuando el que expone pasó á este regimiento...." (El del Infante don Carlos.

Don Jossé de Lanao, caballero de la real y militar orden de san Hermenegildo, capitán primer ayudante del regimiento de Infantería «Real Infante don Carlos», dice de aquel:

«De los reos presentes que tienen una cooperación activa en el delito, es José Gómez. Contra éste obran las pruebas más urgentes de que es uno de los principales motores del proyecto. Ya se vé: su corazón ha sido de mucho tiempo atrás un manantial de donde se han derramado las pestilentes aguas de la revolución, promoviendo á otros para que se conjuren á igual fin. Por este crimen ha sido procesado en diversas épocas. En la insurrección de Tacna acaecida en 3 de octubre de 1813, fué caudillo de la mayor confianza del infame Enrique Paillardelle. Emigrado de aquellos lugares, bajó á esta ciudad, y en clase de emisario del apócrifo gobierno de Buenos Aires, tomó partido en igual asalto y sorpresa á el que ocasiona este proceso, meditado para el veintiocho de octubre de 1814. Excusó el justo castigo con la fuga, y siendo apresado en Arica, promovió la que se resolvió hacer en dicha ciudad para el día diez de octubre de 1815....»

No son necesarias más hebras de oro para tejer la corona de un héroe; no son precisas más hojas de laurel para adornarla; ni más títulos de enaltecimiento, ni más moles de marmol que sustenten la estatua de quien, con los brazos en alto, llame á las puertas de la mansión de la inmortalidad.

III

¿Cómo un hombre tan temible por su audacia, su tenacidad, su valor, sus inconcebibles temeridades y, digámoslo de una vez, por su odio al dominio español, vivía aún, en aquellos tiempos, en los que hasta el pensar en la emancipación era grave delito?

No era, en verdad, por falta de motivos, que muchos había dado para que cayera sobre su cabeza el rudo golpe de la represión.

Era que, antes los jueces, no le abandonaba esa serenidad de espíritu de que hacía gala en el peligro; y su respuesta oportuna, su inagotable inventiva, su lógica inflexible, sus argumentos incontestables, hacían vacilar á aquellos, y el fiel de la balanza de la real justicia no hallaba su centro.

No obstante todo esto, contra él se había fulminado ya una sentencia de muerte, pero el indulto concedido por Real cédula de 24 de enero de 1817, llegó para salvarlo de la horca.

El superior decreto de dos de marzo de 1818, le concedió la vida, más no la libertad. Había de ser conducido á España bajo partida de registro, á disposición de Su Majestad, con testimonio de los cargos que sobre él pesaban.

Pero las gracias de Fernando sétimo y del virrey Pezuela no doblegaron á ese espíritu rebelde.

Cuando su juez le llama ingrato, porque contestaba con una nueva revolución á las mercedes recibidas, se yergue altivo, desafiando la ira de sus enemigos, y, revelando el desprecio que tenía por su vida, exclama:

—Yo no solicité ser comprendido en el indulto; mi abogado lo pidió contra mi voluntad.

En el presidio esperaba, pues, don José Gómez, la salida de un navío que lo había de conducir á España.

Continúa.



La Visión.

Fatmé la muña de ébano, la virgen africana,
cruzando los desiertos en lenta caravana,
pidió al poeta esclavo de nivea cabellera,
que al ritmo de sus raras estrofas la adurmiera.

Y el mago de los sueños, el triste visionario,
mecido por el suave vaivén del dromedario,
con voz desfalleciente la relató poemas
y cuentos fabulosos brillantes como gemas.

Sus labios evocaron las pompas imperiales
y Menfis, la remota, surgió en los arenales,
y las sagradas márgenes, y los callados riscos,
pobláronse de templos, palacios y obeliscos.

Al son de las alegres fanfarrias de otros días
salieron de sus tumbas las viejas dinastías,
y comenzó un desfile de carros y pendones,
princesas rutilantes y heroicos faraones.

Y graves sacerdotes de oculto ministerio
pasaron con su aureola de ciencia y de misterio,
seguidos de un cortejo de núbiles flautistas,
con áureas vestiduras sembradas de amatistas....

.....

Ya el sol descomponía su mágica paleta:
tiñéronse las nubes de púrpura y violeta
y se adurmió la virgen, bajo la luz muriente,
de un pálido lucero que le besó la frente!

CARLOS CAMINO CALDERON

CRONICA DE LA QUINCENA

Nuestra información gráfica

El entusiasta Prefecto de La Libertad señor don Carlos A. Velarde, ha tenido ocasión de hacer un notable descubrimiento arqueológico, que sin duda ha de interesar vivamente á los hombres de ciencia. Recorriendo una huaca, en la zona de Chanchán, notable por las inmensas y curiosas ruinas de la capital del *gran Chimu*,— estudiadas por muchos sabios y arqueólogos, y recientemente por los señores Bandelier y Uhle,— observó el señor Velarde, al hacer una pequeña excavación, que aparecía un fragmento de pared adornado con extrañas figuras y relieves. Intrigado con ello, regresó poco después con una partida de operarios y descubrió completamente la pared que reproduce nuestro grabado. Lo más curioso es que delante de ella, como á un pie de distancia se había levantado una pared tosca, de adobe blando, visiblemente con el objeto de ocultar el muro de figuras talladas en relieve, como si hubiera habido el propósito de ocultar esas inscripciones ó adornos á las miradas de los profanos.



Un detalle de la pared

Foto Lasarte



Una parte del muro

Foto Lasarte

El señor Velarde ha dirigido cuidadosamente los trabajos para impedir que la ignorancia de los trabajadores pudiera estropear las talladuras, no obstante que parecen hechas así como el muro de un barro duro especial que ha permitido que ese trabajo se haya conservado intacto á través de mil ó acaso dos mil y más años, pues, como es sabido, la conquista del *Gran Chimu* la comenzó Pachacutec y la terminó Yupanqui en 1384, y la comarca, desde muchos siglos antes de la fundación del Imperio de los Incas, era gobernada por una dinastía de curacas y poblada por una raza particular que hablaba la lengua *yunga* ó *mochica*. Los sabios Barranca, Patrón y Uhle son los llamados á determinar el significado de ese muro y de sus inscripciones. ¿Se tratará de un santuario? ¿De un lugar de sacrificios? ¿De una cámara de tesoros? ¿De un sepulcro? ¿Esas interesantes figuras han sido talladas por un fin artístico ó constituirán una verdadera escritu-

ra? ¿Será ese muro una página histórica, una relación de las glorias y hechos de un monarca poderoso, como eran muchos muros egipcios y fenicios? ¿Será la huaca en que el señor Velarde descubrió la misteriosa pared, la legendaria huaca del *Peje Grande* en la que, según la tradición, están enterrados los tesoros con que los indios pensaban rescatar de los españoles á su infortunado Inca? Todas estas son cuestiones que una detenida investigación científica y un trabajo minucioso y perseverante dilucidarán. Entretanto nos felicitamos de ser los primeros en dar una información gráfica del importante descubrimiento arqueológico que ha hecho el señor Velarde.



Banquete al Excmo. Sr. Leslie Combs

Fot. Llund



Los gremios obreros eligiendo su diputado



Vivas al candidato obrero Inst. Grandjean

En la quincena que termina hoy se han realizado muchos banquetes, los *maitres d'hotel* no se han dado tiempo para el arreglo de los locales, y los jardines han sido desprovistos de sus mejores flores, empleadas en la confección de los *chemin*, aditamento indispensable en esta clase de fiestas.

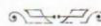
De esta multitud de banquetes caben en nuestra crónica quincenal solamente los que por la elevada posición de anfitriones y comensales despierten la curiosidad eterna del público; y entre éstos debemos mencionar el ofrecido al ministro francés Mr. Pierre Merlou, por el ministro de la Guerra general Pedro Muñiz en ocasión del nombramiento de comendador de la orden de la Legión de Honor, con que el gobierno francés ha querido agradecer al General Muñiz.

Este almuerzo, realizado por la presencia de la bella Mlle. Merlou, hija del Ministro francés, y por la asistencia de las señoras Romieux, Clement y Dogni, se realizó en uno de los comedores del Restaurant de la Exposición, local eternamente señalado para almuerzos, dada la amplitud y frescura de sus *dinning room*.



El señor doctor Matías León agasajó, también con un almuerzo, á sus amigos y empleados en la junta departamental de Lima.

El mismo día y en el mismo local (Club Nacional) ofrecía el señor Alberto Falcón otro almuerzo al Excmo. señor Leslie Combs, nuevo ministro yankee en Lima.



¡Medio siglo de casados!: ¡He ahí una felicidad que

pocos matrimonios llegan á alcanzar!; y si á esto se agrega que aquellos cincuenta años han transcurrido en una atmósfera de tranquilidad y honradez, se tiene el motivo de las numerosas felicitaciones que han recibido los esposos Leguía-Salcedo en estos últimos días.

El señor Nicanor Leguía y su esposa, la respetable señora Carmen Salcedo, son tronco de una numerosa familia que cuenta entre sus miembros al señor Augusto Leguía, actual ministro de Hacienda.



La muerte ha arrebatado del cariño de los suyos, y al



✦ Sra. Cristina Amézaga de Tizón



La fiesta del 10. de Mayo en el Callao

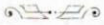


Foto. Lund La fiesta del 10. de Mayo en el cementerio de Baquijano

aprecio de todas las personas que la trataron, á la señora Cristina Amézaga de Tizón, respetable dama de extensas y conocidas vinculaciones sociales.



Los últimos días de esta quincena se han señalado por manifestaciones obreras de relativa importancia. Los obreros reunidos en comicio popular para la elección de un candidato á diputado, y un grupo de adherentes á la fiesta socialista del 1º de mayo, son los sujetos fotográficos que hoy reproduce nuestra información gráfica.



Es sabido que Chile está pasando por una gran crisis económica, que se traduce en constantes variaciones en el valor de su moneda. Algunas casas comerciales de Iquique, ya sea por la escasez de pesetas ó *chauchas*, ya



Moneda de aluminio usada en Iquique

sea por la conveniencia de fijar un valor para las transacciones menudas, han emitido unas monedas fiduciarias de aluminio con un valor representativo de una peseta. Cada casa tiene su moneda que generalmente lleva grabado en el anverso el escudo de una nación. Publicamos el grabado de la que lleva el escudo peruano.



“A través de un prisma”

Entramos en un periodo de transformación de nuestro lenguaje habitual; nuevos vocablos toman rápidamente sitio escogido en la fraseología familiar como un indicio de nuestro modo de ser, simple reflejo de todo lo que nos sugiere con el encanto de lo conciso y exótico. Las limeñas han abandonado la cursi casticidad del castellano para la descripción de sus *toilettes*; cambiaron los nombres de sus muebles, los de sus fiestas y diversiones; y hoy ridícula parecería la elegante que prefiriese la estrepitosa alegría de una anticuada y criolla pachamanca á las charlas ligeras que son cortejo inevitable de un *five o'clock*. Pero no se han limitado sólo á esto sino que, revolucionando más aún, han bautizado todos los esparcimientos galantes de nuestras reuniones y fiestas mundanas con un vocablo pequeño y deliciosamente irónico, que hoy acaricia muchos labios adorables al estallar con la armonía exótica de su única sílaba.

Fué en el último baile, en la fiesta realizada en el *The Club* del Callao, donde mis indiscretos oídos de cronista escucharon la última aplicación de la sugestiva palabra: «Mi *flirt* no ha venido...» decía una elegante á su pareja durante un descanso del ceremonioso lanceros, y la frase de aquella chiquilla, asidua concurrente á los jueves del *Colón*, que entrañaba un supremo desdén para la galantería amorosa, me hizo pensar en la tristeza inmensa de esos amores muertos sin dejar otro recuerdo que el borroso nombre escrito en el rincón de

Cerramos nuestra crónica con una nota tristísima: el fallecimiento en Petrópolis (Brasil), del doctor Pedro Carlos Olaechea, distinguido abogado de immaculada reputación. Nuestro gobierno apreciando sus notables do-



Gr. Pedro Carlos Olaechea

Foto. Aguila

tes de inteligencia y preparación en materia jurídica, le nombró personero del Perú en la comisión de arbitraje peruano-brasileño, y en el desempeño de su alta misión le ha sorprendido la muerte. La desaparición del joven jurisconsulto constituye una verdadera desgracia nacional.

un *carpet*, ó la flor marchitada sobre la *boutonnière* de una solapa.

Aquella noche seguramente se iniciaron muchos *flirts*. En el vasto salón de piso peligrosamente encajado, y mientras la orquesta, oculta tras una amalgama de banderas, atacaba los lánguidos compases de un vals, vi más de una pareja feliz que charlaba animosamente provocando la despechada sonrisa de los solterones de reconocida agilidad que se divertían apoyados en las paredes del *hall* ó funando en el balcón, desde el que se divisaban las luces de la bahía, dolientemente muda á aquella hora de la noche.

Ya en el tren de regreso el cuadro varió un poco; las *boas* se enroscaron derredor de algunos cuellos, velando los escotes lucidos horas antes; el sueño y el cansancio restaron algo de animación á los viajeros; y entonces fué cuando cierta rubia distinguida, grande organizadora de fiestas de caridad, contóme, interrumpiendo su charla para reír con las canciones inglesas que á nuestra espalda se entonaban, su desden para la galantería actual, dorada falsedad al sentir de mi bella interlocutora, que al llegar á Lima, cuando las luces de arco palidecían bajo la naciente claridad del alba, calificó al *flirt* de coquetería traducida, mientras se arreglaba con ademán soberbio los *valenciennes* de su salida de baile.

Abril 30 de 1907.

ZADIG.

Mi Tío Barbassou

(NOVELA DE MARIO UCHARD)

(Continuación)

Inmediatamente vi desembocar en tumulto, bajo el verandah y esforzándose por llegar cada una la primera, á Hadiyé, Nazli, Konyé-Gul y Zura. Echáronse todas á la vez en mis brazos con infantiles risas, estrechándome y mostrándose celosas por conseguir mi primer beso. ¡Qué risas y qué gorjeo de pájaros! En medio de todo se notaba un abandono tan juvenil y tan cándido... y aún estaba por decir, tanta inocencia... que yo mismo quedé sorprendido. Pero de pronto, y á una voz de Mohamed que nos miraba enternecido y cada vez más resplandeciente de júbilo, quedaron todas confusas. Echábase sin duda en cara su falta de respeto, pues, desprendiéndose suavemente, se llevaron la mano á la frente. Fácilmente comprenderás que puse fin en seguida á estas fórmulas respetuosas atrayéndolas nuevamente á mis brazos... Con esto volvieron nuevamente las risas y las burlas dirigidas con aire triunfal al pobre Mohamed; éste, con aire compungido, alzó las manos al cielo, como poniéndole por testigo de que no entraba por nada en semejante olvido de la etiqueta oriental. Admitirás sin duda que no volví á preocuparme con las dificultades que había querido encontrar en mi nuevo papel. Habíame imaginado una situación delicada, provocada por celos nacientes, por quisquillas entre rivales y hasta talvez por los reproches y llantos de amantes traicionadas.

Cinco minutos después, andábamos vagando por los jardines. Como habían llegado la antevíspera, no habían puesto aún el pie fuera del harén. La visita de su dominio las encantaba y eran de oír la charla, la volubilidad de aquellas voces jóvenes y sonoras, capaces de encantar á los pájaros. A cada paso surgía un nuevo descubrimiento; ya era un canastillo de hermosas flores, ya una sombría senda en cuyo fondo se oía el alegre murmurar de una cascada que formaba al caer fresco riachuelo, el cual serpenteaba por entre el césped del parque para ir á perderse en el lago; acá y allá se veían sobre el mismo esbeltos puentecillos de vivos colores. Todo daba motivo á infinidad de preguntas. Como es natural, Konyé-Gul hacía de intérprete; todas la escuchaban con ojos llenos de asombro; luego continuaban sus correrías cogiendo en los zarzales algunas florecillas que iban colocando en sus cabellos, en su corpiño y alrededor del cuello, y á fin de hacerme admirar tan pintorescos adornos, volvíanse á cada instante hacia mí, como en demanda de un beso.

Si deseas saber lo que piensa ó experimenta un mortal en caso semejante, debo confesarte que no me es posible declarártelo. Estaba aturdido, cautivado, sorprendido por unas sensaciones tan nuevas que me abandonaba á ellas sin reflexión y sin tener conciencia de mí mismo. Ante todo, querido amigo, para darte cuenta de ello, necesitarías nociones de estética que no

posees, por muy pintor que seas, y te haría falta además conocer ese encanto de la belleza enteramente exótica de las hijas de Oriente, esa desenvoltura juvenil, ese voluptuoso abandono, esos oudulantes movimientos de caderas, debidos á la costumbre de andar arrastrando las babuchas, esa gracia ágil y felina, y la fascinación profunda de sus miradas llenas de languidez. Por último tendrías que haberlas visto con esos trajes extraños y pintorescos que también dibujan sus armoniosas formas, con los anchos pantalones de seda, atados al tobillo y sujetos á la cintura por un fino ceñidor de tisú de oro; con las chaquetillas bordadas de perlas y con las camisetas de seda de Brusa, transparentes como gasa, ó bien con la larga túnica abierta por delante y cuya cola recogida sujetan á la cintura para caminar más á gusto.

A todo esto hay que agregar las tonalidades de colores suaves que se armonizan de un modo maravilloso... En fin era aquello un deslumbramiento, una maravilla de frescura y de gracias extrañas que renuncio á describir.

Hubo un momento en que nos encontramos á la extremidad de un barranco y nos vimos obligados á pasar el riachuelo sobre unas piedras colocadas á través de su cauce. Qué de gritos de espanto. Conseguí de Zura, que me parecía la más animosa, que lo atravesase cogida de mi mano. Signió la Hadiyé; pero cuando llegó su turno á Nazli, la miedosa se colgó á mi cuello mostrando tal terror ante semejante peligro que la tuve que tomar en brazos para pasarla al otro lado. Konyé-Gul, por coquetería, aprovechó el ejemplo.

—¡Oh! ¡pásame á mí también! dijo.

Cuando estábamos en medio del riachuelo, cayó al agua una de sus babuchas. Puedes figurarte la que hubo de risa al ver á Konyé-Gul saltando á la cozcujita, mientras yo pescaba su diminuta sandalia que hubo que sacar para que no mojase su media de seda de color verde claro.

El sitio era uno de los más encantadores del parque: había una gran alfombra de césped sombreada por un grupo de sicomoros y allí nos sentamos.

Amigo mío, seguramente has debido ver multitud de cuadros sobre este tema; *Sueño de felicidad*. Un jardín encantador; en el fondo el templo del Amor; como personajes, hermosos manebos y lindas doncellas, siempre tendidos. Suprime de semejante cuadro detalles demasiado académicos para Ferouzat, y héme aquí, sobre la yerba, tomando agradablemente el fresco con mi familia tendida en torno mío, en esas adorables actitudes, llenas de abandono, de jóvenes hurfes que no han oído nunca hablar de corsé y que hacían resaltar perfectamente las mórvidas formas de sus cuerpos ágiles y encantadores.

(Continúa)

